

Mitos y Dioses negros

Fernando Cordobés

La insaciable avaricia de los colonos europeos en las islas del Caribe, los suculentos dividendos que les reportaban las plantaciones y el ansia por no dejar de enriquecerse a costa del trabajo esclavo, terminaron por generar una sociedad multiétnica con aportaciones humanas culturales llegadas de los más diversos lugares del planeta. Pero, ¿cómo es posible que a pesar de la composición multirracial de esas sociedades, ya sean las de tradición y lengua española, las completamente negras como Haití, aquellas en las que sólo existe un porcentaje de población negra, las que cuentan con un porcentaje mucho mayor de mulatos o blancos como Cuba o la República Dominicana, o aquellas en las que se amalgaman todas las razas y colores como Trinidad y Tobago o Curaçao, que en la expresión vital de esos pueblos el ingrediente básico de su cultura sea el africano?

Los mulatos eran en su mayor parte esclavos empleados en el servicio doméstico o gente de color liberada. Renegaban de la parte africana heredada de sus ancestros y su elección era identificarse con los europeos. Vivían en casa de sus progenitores y tenían la posibilidad de copiar las tradiciones europeas desde muy jóvenes. Los europeos, por su parte, nunca consideraron las islas de las Indias Occidentales como su hogar. Sólo eran pequeños territorios dónde hacer fortuna, un lugar de castigo y penitencia, o pasos previos antes de instalarse definitivamente en algún lugar del continente. Un simple lugar de paso en el camino hacia alguna otra parte. Incluso las bandas de piratas, bucaneros, aventureros, filibusteros o fugitivos de la justicia que se establecían en las islas, nunca lo hicieron como si se tratara de un verdadero asentamiento. Y la situación era especialmente grave en las islas dominadas por los ingleses. Si se observa el patrimonio heredado de su presencia a lo largo de cientos de años, sólo se encuentran fuertes y prisiones, lo que demuestra la naturaleza transitoria de su ocu-

ción. No se construyó ni se creó nada que se pueda considerar de valor, muy al contrario de lo que sucedió con las ciudades levantadas por los españoles. Los británicos ni siquiera se tomaron la molestia de construir escuelas para sus hijos, pues los mandaban directamente a educarse en la metrópoli. El hogar para el colonizador blanco, siempre estaba lejos y por ese motivo quienes poseían todo, aquellos que de haberse establecido en las islas podrían haber ejercido su influencia, siempre estuvieron ausentes. Sus aportaciones, fueran las que fueran, las hicieron en otra parte, en Europa.

¿Qué significó esa actitud de desapego y desprecio, qué clase de carácter generó entre la gente que elegía identificarse con los europeos, es decir, los mulatos que vivían en sus casas? Inevitablemente dirigían su mirada a Europa, a la madre patria, tal como le sucede a Becky Sharp, la acaudalada y mulata protagonista de *Vanity Fair*, la novela de William Makepeace Thackeray, quien se marcha a Europa para recibir una educación oportuna y adecuada tanto en su forma de hablar, de vestir, como en su religión, elección de marido y, resumiendo, en todos los aspectos que se consideraban cultura.

Sir Vidia Naipaul, premio Nobel en el año 2001 nacido en la isla de Trinidad y militante británico, asegura que nunca se creó nada de valor en las Indias Occidentales. Quizás no le falte razón, pero su valoración sólo tiene en cuenta lo que concierne a los colonizadores blancos y evidencia un menosprecio congénito a todo lo relacionado con la población negra. Esos negros llevados hasta allí a la fuerza, llevaron consigo su cultura y, a pesar de los continuos y sangrientos intentos de alienarlos y arrancársela nunca lo lograron y no la desecharon para sustituirla por valores que no eran los suyos y, además, eran profundamente injustos y violentos.

Durante siglos, esa población negra deportada vivió en áreas rurales donde tenían poco o nulo contacto con los europeos. Marginados y libres de influencias externas, permanecieron durante un largo periodo de tiempo y, por tanto, fueron capaces de mantener su «africanidad», sus costumbres, sus canciones, música, tradiciones, literatura, su conocimiento de la naturaleza y, por encima de todo, sus distintas religiones que podían practicar en secre-

to. ¿Cuáles de esos elementos transmitidos eran africanos en origen y, entre ellos, cuáles eran sociales y cuáles culturales?

Muchos aspectos de las creencias y costumbres africanas constituyen los temas principales de su producción literaria y se repiten con pequeñas variaciones. El poeta senegalés David Diop decía:

*«Aquellos que están muertos, nunca están muertos.
Están en las sombras espesas,
los muertos no están bajo tierra,
están en los árboles que crujen,
están en la madera que gime,
están en el agua que corre,
están en el agua que duerme,
están en la choza, están entre la multitud,
los muertos nunca están muertos.»*

Por su parte, al otro lado del Atlántico George Laming, una de las voces más destacadas del Caribe, describía así una ceremonia de las Almas que tuvo la oportunidad de presenciar en Haití y que, evidentemente, guarda una relación directa con lo descrito por Diop y pone de manifiesto la estrecha relación existente entre los muertos y los vivos en las distintas culturas del Caribe:

«(...) A través de la mediación del sacerdote, el muerto habla de asuntos de los nunca antes habló y a través del mismo medium, los vivos aprenden y comprenden lo que la lengua del muerto ha pronunciado.»

La idea de África debe entenderse en el más amplio sentido de la palabra pues se trata de un continente con multitud de naciones y una diversidad inigualable de tradiciones culturales. En el Caribe de la sociedad esclavista todas esas tradiciones se ignoraron expresamente con el objeto de modelar y uniformar a los esclavos de las plantaciones. De igual modo sucedió con el desarrollo social de las islas. Cada una de ellas estableció una relación particular con la metrópoli, al igual que con sus religiones de origen y sus filiaciones lingüísticas y culturales. Si se sigue el rastro es

posible establecer una conexión directa de las islas con los territorios de origen de los esclavos. Tal es el caso del vudú en Haití y Cuba que llegó directamente desde Dahomey, de Guinea y del Congo, o el Sangó, también en Cuba y Trinidad, que procedía de los yoruba en Nigeria.

Sin embargo, existen también una serie de tradiciones comunes en las distintas naciones africanas. Al contemplar las diferencias e identificar los rasgos comunes, se debe tener en cuenta la intervención de los distintos poderes europeos y la imposición de ciertas características sociales y culturales. Y a pesar de ello, nada oscurece o eclipsa la profunda base africana que domina a lo largo y ancho de todo el Caribe. Así se refleja en las crónicas de autores como Moureau de St. Mery, Pierre François de Charlevoix, Richard Ligon y otros que, como ellos, fueron testigos presenciales del desembarco de los esclavos. El historiador francés Moureaude St. Mery nacido en la Martinica, el más detallista de todos los cronistas, presentaba una extensa relación de todas las naciones presentes en el Caribe e incluso detallaba las distintas características de esos distintos pueblos. Cada uno de ellos venía de una tradición y una forma de vida distinta, pero en las plantaciones todos eran reducidos a una sola cosa, a un solo propósito común. Se les arrojaba a las islas y se amalgamaban en una mezcla imposible de lenguas, creencias, tradiciones; cada uno con su propio pasado lanzado a una nueva y única categoría humana, la de las Indias Occidentales. En ese nuevo espacio vital también se vieron expuestos a nuevas ideas e, inevitablemente en el transcurso del tiempo, las asumieron y dieron forma a algo nuevo muy particular y, a menudo, en evidente contradicción con los valores europeos. Y a pesar de todo, lograron mantener su herencia social y cultural africana.

Es el caso del vudú, una de las religiones más populares y peor entendidas del Caribe y África, se adhiere, como la mayoría de las religiones, a una serie de preceptos básicos. El africano tiene un alma y cree en un ser supremo. Los fieles del vudú conciben la idea de un hombre con un cuerpo material animado por un espíritu que es su alma y que, al contrario de lo que le sucede al cuerpo, no desaparece cuando éste muere. Esa alma puede alcanzar el estatus de divinidad y para los fieles se convierte en el arquetipo

de un principio natural o moral. Más allá de las ideas falsas, superficiales y rayanas en lo ridículo que se tienen sobre el vudú, esta religión es un sistema integrado de conceptos relacionados con el comportamiento humano, con los ancestros y con las fuerzas naturales y sobrenaturales del universo. Su panteón de dioses no difiere mucho de los antiguos panteones de dioses europeos y si se ha querido ver como una manifestación de atraso, profunda ignorancia y salvajismo, ha sido más bien para justificar la necesidad de esas gentes de ser dominadas y reconducidas siempre, claro está, a beneficio del dominador.

El rastafarismo es otro buen ejemplo del profundo sentido de las religiones africanas. Décadas después de lanzar y defender las doctrinas de auto – realización, de respeto y amor propio del hombre negro, mucha gente de color a lo largo y ancho del mundo ha adoptado esas doctrinas por su necesidad y deseo de redefinirse a sí mismo y encontrar un sentido más lógico a su existencias del que les ofrece el cristianismo. Esa redefinición ha adoptado formas serias y provocativas que se manifiestan en las nuevas expresiones culturales del Caribe. Así se ve en las obras de autores como Derek Walcott, Edward Brathwaite, Aimé Césaire, Denis Scott, Joseph Zobel, Garth St. Omer y otros muchos. Pero, ¿cuánto se retuvo y cuánto se perdió del legado africano? ¿Qué permanece y qué ha cambiado y hasta qué punto?

Las islas españolas o francesas, o las que estuvieron bajo soberanía de Francia durante un largo periodo, son las únicas que han mantenido tradiciones culturales africanas. Como católicos españoles y franceses veían a los esclavos como seres que debían ser salvados. El debate había comenzado ya años antes, unas cuantas décadas después de la conquista de América cuando en 1550 un legado papal fue enviado a Valladolid con una misión precisa: determinar si los indígenas americanos eran seres humanos completos y verdaderos, criaturas de Dios, descendientes de Adán, o si, por el contrario, como se venía afirmando, eran seres de una categoría distinta, inferior, o incluso súbditos del Imperio del Diablo. En su toma de decisión le asesoraron dos consejeros de pareceres opuestos. Ginés de Sepúlveda, filósofo, teólogo y jurista, que propugna la evangelización radical y la supresión de los valores indígenas y que por entonces acababa de publicar en

Roma su Tratado de las Justas Causas de la Guerra contra los Indios, y en el lado contrario se encontraba el obispo dominico Bartolomé de Las Casas, defensor de la causa india, de la evangelización pacífica, y contrario a la esclavitud. El resultado de la famosa controversia no fue del todo beneficioso para los indígenas y futuros esclavos, pero al menos permitió suavizar el trato que recibían y que se les considerase seres humanos completos. Al mismo tiempo contribuyó a que se prohibiera el tráfico y comercio de esclavos en el imperio español. La iglesia católica no destruyó todo lo africano que había en los esclavos y demostró una cierta tolerancia al aceptar algunos rituales africanos, siempre y cuando, se fuera un buen cristiano. Por ese camino se llegó incluso a una cierta identificación entre las deidades africanas y los santos católicos.

Algunos mitos religiosos africanos y cristianos coinciden, por ejemplo, el de la creación del mundo, el del primer hombre y la primera mujer, la idea del espíritu, del alma, la creencia en la existencia de un ser supremo y el énfasis que se le otorga a la palabra que representa la fuerza vital en ambas tradiciones religiosas. Es a través de la palabra como se produce toda vida. Cuando los misioneros se marcharon a África a difundir su mensaje después de la abolición de la esclavitud, entraron en inevitable conflicto con los africanos puesles consideraban paganos y salvajes, incapaces incluso de concebir nada que se aproximara a la existencia de Dios. En la novela *Le Pauvre Christ de Bomba*, del camerunés Mongo Betise detalla uno de estos desencuentros cuando un misionero que ha logrado reunir en su iglesia a un gran número de africanos se pregunta tras una breve ausencia por qué ya no van más a la iglesia. Su catequista le da una explicación que no satisface del todo al cocinero, Zacarías, quien ofrece al padre una explicación más real de los hechos:

«Los primeros de nosotros que nos acercamos a la religión, a su religión, lo hicimos como si fuera una especie de... revelación. Eso es: una revelación. Una escuela donde podíamos aprender sus secretos, el secreto de su poder, de sus aviones, de sus trenes... En una palabra, el secreto de sus misterios. En lugar de eso, empezó a hablarnos de Dios, del Alma, de la Vida Eterna

y cosas así. ¿Realmente cree que no sabíamos nada de todo eso mucho antes de que usted viniera?

Mucho antes de la llegada de los europeos los africanos ya tenían alma y su propio concepto de Dios. En realidad no un solo dios, sino varios. ¿Qué sucedió con todo ese panteón de divinidades? Según Derek Walcott:

*«... dejamos
en alguna parte una vida que nunca encontramos,
costumbres y dioses que no nacieron de nuevo,
una cuna, un ascua de luz
nos encerró en la oscuridad y nos ocultó
de ese mundo debajo y detrás nuestro,
y en sus pañales ceremoniales, seguimos atrapados.»*

No se dejaron atrás todas las costumbres y a todos los dioses. A pesar del terrible tránsito a través del Océano Atlántico, o quizás precisamente debido a ello, los que sobrevivieron tuvieron que aferrarse a sus creencias. Si no hubiera sido así, los europeos habrían triunfado en su intento de exterminar otra raza. Con tenacidad y a pesar de la mutilación sufrida, los africanos arrancados de sus raíces y deportados al Caribe, volvieron a enraizarse en una nueva tierra. Las condiciones de vida que les esperaban estaban más allá de cualquier imaginación. Todas sus señas de identidad fueron saqueadas, destruidas, violadas. Descubrieron que las deidades africanas ya no les protegían en esa nueva realidad y sintieron la agresión, la rabia, la venganza y la violencia. C.R.L. James, el historiador nacido en la isla de Trinidad decía en *Beyond a Boundary*:

«(...) fue sólo muchos años después cuando comprendí la limitación espiritual, de amor propio y de percepción impuesta por el hecho de que nuestro amos, nuestra vida, nuestros códigos morales, todo, comenzó por la base de que Gran Bretaña era la fuente de toda luz y conocimiento y que nuestra obligación era admirarlo, asombrarnos, imitar y aprender; nuestro criterio del éxito era haber triunfado en la aproximación a ese ideal distan-

te... lograrlo por completo, por supuesto, era imposible. Maestros y alumnos lo aceptaban como si fuera el orden natural de las cosas. Los maestros no resultaban ofensivos pues pensaban que u función era hacer precisamente eso, si es que pensaban algo. Y en cuanto a mi, aquello fue el faro que me dio las señales.» ©